



FRECUENCIA DE SACRAMENTOS.

PORQUE son los Sacramentos de la Confesión y Comunión instrumentos principalísimos de la gracia de Dios, y medios muy eficaces para conservarla, conviene que sepan todos cuánto importa frecuentarlos. Una de las principales causas de los muchos pecados que hay entre cristianos, y de las graves calamidades y castigos que por ellos padecen, es la poca frecuencia de los santos Sacramentos, que instituyó Cristo Nuestro Redentor á costa de su preciosa sangre y pasión, para remedio y consolación de nuestra alma.

NO FRECUENTAR LOS SACRAMENTOS ES GRAN DESAGRADECIMIENTO Á CRISTO.

Es mucho para llorar lo que han degenerado en esto los fieles, pues desdichen tanto de los cristianos antiguos, que frecuentando antes tan de ordinario los Sacramentos, que el de la Eucaristía recibían cada día, ahora los más se contentan que sea cada año, cuando les obliga el precepto. Esto es un enorme desagrado á Nuestro Redentor: porque siendo la institución de los Sacramentos tan grande demostración de su amor, y uno de los mayores beneficios que nos hizo, y á costa de su pasión y muerte, el no hacer caso de ellos es suma ingratitud. ¿Qué mayor desagrado pudiera tener un desesperado, ó una fiera más fiera que los tigres de la Hircania, si habiendo hecho un poderoso rey excesivos gastos con gran amor, y trabajado por su persona hasta sudar hilo á hilo, y dado su misma sangre por dar

una medicina á un enfermo desahuciado, y el sustento necesario para todos los días, él no lo quisiere recibir, sino se dejase antes morir como desesperado, perdiéndose tanta costa como aquel príncipe había hecho; y teniendo delante de sí los platos regalados que le ofrecía cada día, él no hubiese remedio de tocarlos, queriendo más sustentarse de manjares ponzoñosos y de sabridos, de suerte que ningún día comiese lo que aquel rey le ofrecía, sino compelido al cabo del año una vez sola, cuando no podía más, porque le amenazaban si no lo hacía, que le echaría en un horno ardiendo de cal?

Esto hacen con Cristo los que no frecuentan los Sacramentos; no quieren recibir la medicina de la Confesión, que Cristo con costa infinita de su sangre les ofrece, antes quieren dejarse morir, cayendo en pecados mortales. No quieren el sustento que para cada día les da, sino el que el mundo les ofrece de vanidades y engaños, todo ponzoñoso y pestilente. No allegándose á la mesa de Cristo, sino cuando no pueden más, cuando les compelen con precepto y excomuniones, y amenazan con

los infiernos. Pues si aun entre hombres es descortesía no estimar la buena voluntad de otro, ni sus buenas obras, ¿qué será no estimar esta buena voluntad de nuestro Salvador, ni este incomparable beneficio de los Sacramentos? Verdaderamente se pueden tener por muy sospechosas las Confesiones y Comuniones de año en año, para cumplir con la parroquia, y que no son voluntarias.

Escribe el Padre Alejandro Faya, que cierto hombre dejó un hijo cuando murió, el cual por treinta y dos años continuos hacía cada día oración particular por el ánima de su padre, y al cabo de todo este tiempo se apareció á su hijo, y le dijo cómo estaba padeciendo gravísimas penas. Preguntóle el hijo si le aprovechaban tantas oraciones como estaba tan continuamente ofreciendo por él. Respondió el padre: No, hijo. De esta manera, replicó él, si nada os aprovecha la oración, debéis estar condenado al infierno. No estoy en el infierno, dijo el padre, sino en el purgatorio, adonde soy atormentado por mis pecados con tormentos sobremanera grandes, y no cesarán hasta que acabe de pagar el último

cuadrante. Y como el hijo preguntase cuál era la causa de que no le aprovechasen sus oraciones, respondióle: Porque en todo este tiempo has estado en pecado mortal. ¿Cómo puede ser eso, dice el hijo, pues cada año he confesado y comulgado? Porque, respondió el Padre, si bien es verdad que has confesado todos los años, pero tus Confesiones no han sido válidas por falta de dolor verdadero, porque no procedía de caridad, sino de costumbre. Y si quieres una buena señal para conocer que es así, advierte cómo para confesarte aguardabas siempre el tiempo de Semana Santa, cuando sin vergüenza no podías dilatarlo más:

Repara también en que nunca te has enmendado en cosa alguna de cuantas has confesado, y así ten por cierto que en todo este tiempo no te ha Nuestro Señor perdonado culpa ninguna. Compungióse mucho el hijo con este aviso, y se confesó de nuevo con grande sentimiento y contrición, y dando de manos á las vanidades del mundo, mudó vida y costumbres, y de allí adelante sirvió con diligencia á Nuestro Señor, y con devotas oraciones ayudó al

ánima de su padre para que saliese de las penas del purgatorio. Teman los que se confiesan tan de tarde en tarde, no hayan sido sus Confesiones tan poco provechosas como las de este hombre.

ES DESPRECIAR Á CRISTO.

Allégase á lo dicho, que como esté la misma persona de Cristoreal y verdaderamente en el Santísimo Sacramento del Altar, deseando que lleguemos á recibirle, el dejarlo de hacer, no sólo es despreciar los beneficios divinos, sino al mismo Cristo en su persona. Gran desprecio y desagradecimiento fuera, si habiendo el rey enviado preciosísimos presentes á un vasallo muy necesitado y pobre, no quisiese recibirlos sino los de sus enemigos, y después, viniendo el rey á visitarle y honrarle con su presencia, él echase á huir, ó le cerrase la puerta para que no entrase. No trata diferentemente á Cristo, quien no hace caso de sus Sacramentos y beneficios soberanos, por entretenerse en las cosas de la tierra, que le ofrece el mundo ó el de-

monio, ó el amor propio, todos enemigos de Dios y del alma; no quiere llegar á recibir al mismo Cristo Sacramentado, el cual convidándonos que lleguemos á él para recrearnos, consolarnos, sustentarnos, honrarnos, huyen de su mesa los cristianos.

Claro está que este es desprecio de Jesucristo, y aunque no se cometiera otro pecado, es reprehensible esta omisión. Y así, cuenta Blosio, que el alma de cierto difunto apareció á un siervo de Dios en una llama de ardor inmenso, y le dijo: que por haber sido descuidado en acudir á la sagrada Comunión, era atormentada de aquella suerte tan terriblemente. Y añadió que sería luego libre, si aquel amigo y siervo de Dios con quien hablaba, quisiese una vez siquiera recibir con devoción por ella el Sacramento de la Eucaristía. El lo hizo así, como se lo pidió aquella alma, y el día siguiente se le tornó á aparecer más clara y resplandeciente que el sol, porque la había librado de aquellas terribles penas, par sola la Comunión de aquel siervo de Dios, y se fué á gozar de la bienaventuranza. Por este caso se puede echar de

ver cuán grande bien es recibir el Santísimo Sacramento, pues bastó para sacar aquella alma de las penas del Purgatorio, y cuán grande mal es descuidarse en recibirlo, pues bastó para condenarla á tan terribles penas.

SUMA NECESIDAD DE LA FRECUENCIA DE LOS SACRAMENTOS.

Pero no hemos de entender que hacemos en esto cortesía á Nuestro Redentor; sino que nos va en ello la vida, y que tenemos nosotros más necesidad de la frecuencia de estos Sacramentos que del sustento del cuerpo. Y así como fuera desesperación no querer comer uno en todo un mes, y muriera de ello, así es género de desesperación, no querer confesar y comulgar á menudo. Como el cuerpo tiene necesidad de sustento, reparo y limpieza, así el alma tiene necesidad de lo mismo. Pues si el cuerpo ha menester que le den ropa interior limpia cada semana, y si aguardase á mudarla de año en año, estuviera tal que causara asco, y toda negra, ¿por

qué se ha de aguardar un año á procurar la limpieza del alma? Córrase el cristiano que tenga más cuenta con su cuerpo corruptible; que con su alma inmortal. Si el cuerpo ha menester comer cada día, y si no, se desmayará y no podrá ejercitar sus obras, ¿por qué se ha de aguardar al cabo de un mes, ó más, á dar el sustento al alma? No es maravilla que los que llegan tan de tarde en tarde á los Sacramentos, tengan pocas fuerzas espirituales, y muchas veces ó caigan ó tropiecen. Para que un hombre muy flaco y debilitado cobrase fuerzas, no le bastaría comer bien una vez, era menester que continuase el buen sustento; así también para que cobre uno que se convierte á Dios fuerzas espirituales, no basta que después de confesado comulgue una vez; menester es que continúe las Comuniones. Para significación de esto, cuando el profeta Elías estuvo desmayado, y tan debilitado que no se podía tener en pie, no le bastó que comiese una vez el pan que le ofreció el ángel del Señor que fué figura del Santísimo Sacramento; hasta que volvió á comer segunda vez, en lo cual se dibujó la frecuencia de este divino

Sacramento, no las cobró ni dió un paso. Elíseo también no dividió las aguas del Jordán á la primera vez que las tocó con la capa de su maestro Elías, y hasta que las tocó dos veces no se detuvieron. Esta capa significaba, como dice Drogón Hostiense, el Santísimo Sacramento, que nos dejó nuestro Maestro Jesús á la partida de este mundo, el cual frecuentado hace detener el ímpetu de nuestras pasiones é inclinaciones, más furiosas y arrebatadas que las corrientes del Jordán.

SUS INCOMPARABLES BIENES.

Demás de esto, aunque no tuviéramos necesidad alguna de los Sacramentos, por la ganancia é interés que por ellos recibimos, los habíamos de frecuentar; porque aumentan mucho la gracia en esta vida, y después en la otra la gloria; porque los Sacramentos son la fuente de la gracia, y los caños por donde se nos comunica la sangre de Cristo, y los tesoros de sus merecimientos, donde se nos franquea la gracia de balde, esto es, sin tener atención á nuestros méritos para premiarlos. Y se da

en ellos á los adultos sin limitada medida, sino sólo conforme á la disposición con que llegan; si grande, grande, si pequeña, pequeña. Y así, se ha de poner la mira, no sólo en llegar dignamente y con la disposición necesaria, sino con la mayor que se pueda y mucha frecuencia, porque la disposición es como el vaso que ha de recibir la sangre de Cristo, y recoger las riquezas del cielo. Si un rey riquísimo franqueara á un pobre sus tesoros para que entrara las veces que quisiera en ellos, y sacase cada vez cuanto pudiese, y le encargase el rey que era su gusto que acudiese muchas veces, y que abarcase todo lo posible, ¿por ventura fuera no más que tres ó cuatro veces al año, y escogiera para esto el bolsillo más pequeño en que no cupiese nada; ó la más capaz pieza que pudiese? Esta liberalidad es la de Cristo, que sin límite nos derrama la gracia en sus Sacramentos, según nuestro afecto y disposición con que llegamos. De modo, que aunque no fuera necesaria disposición para llegar sin pecado, sólo por este interés habíamos de procurar cada vez que llegamos á confesar y comulgar, la mayor disposición

del mundo y llegar muchas veces. Por un grado de gracia habíamos de pasar todos los trabajos del mundo por espacio de mil años. ¿Pues por qué no se procura siquiera una vez cada semana granjear con los Sacramentos muchos grados sin trabajo de medio día? El segundo provecho es, que mientras más veces se confiesa uno, más se le perdona de la pena de los pecados que había de pagar en el purgatorio, lo cual es de mucha consideración; por ser aquellas penas muy grandes. El tercero es, que la frecuencia de los Sacramentos impide para que no echen raíces en el corazón las malas costumbres, ni se engendren malos hábitos, que por la penitencia se disminuyen. Esto es de suma consideración, porque cuantos menos hábitos malos tuviéremos, menos pecaremos. Por una Confesión buena quitanse todos los pecados mortales, pero no los hábitos de ellos; quitanse las culpas del todo, no los vicios, ni tampoco se quita toda la pena que se debe á los pecados, es menester que para esto se frecuenten los Sacramentos. El cuarto es, que reprime las tentaciones del demonio, el cual, viendo

que aprovecha poco, pierde sus esperanzas por ver que con la Confesión se contraman sus máquinas. Las arañas no hacen sus telas en las casas curiosas y limpias, sino en los pajares y caballerizas. El quinto es, que frecuentando uno los Sacramentos, aunque caiga algunas veces en pecado grave, está más tiempo en gracia, y así hace más obras meritorias de vida eterna, por lo cual viene á entrar en la gloria con muchos más merecimientos, porque todas las obras que se hacen en pecado mortal, por buenas que sean, no pueden merecer el más mínimo grado de gracia ni de gloria; pues el que se confiesa á menudo, como cobra la gracia que perdió, viene á merecer ya el cielo con las obras con que antes no le merecía. El sexto es, que quien se confiesa muchas veces, está en menor peligro de morir en desgracia de Dios, y es más cierto que si muere de repente, no se condena; y como de ordinario los que se confiesan de tarde en tarde, suelen estar en pecado mortal, así los que se confiesan á menudo suelen estar en gracia. El séptimo es, la grande facilidad que se adquiere para examinar la

conciencia, y la seguridad de confesarse enteramente; porque quien aguarda á mucho tiempo, suele dejarse muchos pecados de que luégo tiene escrúpulo. El octavo es, que se hace suave este Sacramento tan medicinal, y se pierde el horror que le suelen tener los que se confiesan tarde. El nono es, por la gloria que se da á Dios con las Comuniones, gozo de los bienaventurados, y alivio de las ánimas del purgatorio. El décimo es, por la pena que recibe el demonio, nuestro común enemigo. En las Crónicas del Cister se cuenta, que estando un Maestro en teología, que andaba predicando la Cruzada contra infieles, ya para espirar, vió delante de sí al demonio, á quien dijo: ¿Qué haces aquí, bestia sangrienta? ¿Dime cuál es la cosa que en este mundo hace más guerra á los demonios? No quiso el maligno responder, mas el enfermo que estaba con muy sano y entero juicio, le conjuró de parte de Dios, respondiese á su pregunta. Constreñido de esta manera, respondió, aunque de mala gana: Que de ninguna cosa recibían tanto pesar, como de la frecuente Confesión y contrición de los pecados,

porque cuando el hombre está en pecado mortal, está ligado é impedido para toda cosa buena, de suerte que no puede dar un paso en la virtud; mas confesando sus pecados queda luégo libre, y comienza á andar por el camino de la virtud y va medrando cada día en ella. Finalmente, la frecuencia de los Sacramentos conserva á uno en gracia, retrácle de pecar, cáusale seguridad de la conciencia, alúmbrale el entendimiento, y hace que crezca cada día de virtud en virtud; porque voluntad es de Dios, que cada día crezcamos en la virtud, y pasemos adelante en su servicio sin volver atrás ni parar, ni ir siempre á un paso tibio; y así es conforme á su divina voluntad frecuentar la Comunión, cuyo efecto no sólo es conservar, sino aumentar el fervor del espíritu, como el manjar de mucha sustancia, que no sólo sustenta al cuerpo sano, sino también le engruesa, y hace que crezca cuando tiene edad para ello. Y todos los bienes que San Bernardo dice del estado religioso, casi se hallarán en el que confiesa á menudo, porque este tal vive más puramente, cae más pocas veces, levántase más presto, anda con más

recato, y consolado de Dios muchas veces, descansa más seguramente, pírgase más presto, muere con mayor confianza, y es remunerado en el cielo más copiosamente.

LA VOLUNTAD DE DIOS ES MUY CLARA
EN ESTO.

Después de todo esto, baste por razón la voluntad de Dios, que quiere que nos lleguemos al Santísimo Sacramento muy á menudo, la cual nos la declaró de muchas maneras. El mismo Señor en la oración de cada día (como dice San Cipriano) nos manda pedir este divino pan sobresustancial, para cada día. Y como llama pan de cada día al sustento del cuerpo, llama con el mismo nombre al sustento del alma, para significar el deseo que tiene de que se le pidamos. Y por esto dice San Ambrosio: Si es pan cotidiano, ¿para qué le recibes después de un año? Recíbele cada día, para que cada día te aproveche. Lo mismo persuade la materia en que instituyó este Sacramento, que es pan

y vino, manjar cotidiano de los hombres, los cuales aunque tienen manjares para diversos tiempos y en un tiempo comen carne y en otro pescado; mas el pan y el vino es mantenimiento de cada día junto con los demás manjares. Así también aunque el alma tiene varios manjares espirituales con que sustentarse, y la divina Escritura los llama con nombre de pan y vino, porque son su ordinario sustento; pero con más particularidad quiso el Salvador instituir este Sacramento, en real y verdadera forma de pan y vino, para que se entendiese que había de ser mantenimiento ordinario y cotidiano. Demás de esto, el fin que tuvo el Salvador instituyendo este divino Sacramento, fué en memoria de su pasión, y de los beneficios y mercedes que nos ha hecho. Y pues es muy justo, que cada día nos acordemos de lo mucho que padeció por nosotros, y que cada día le agradezcamos los beneficios que recibimos; también será muy justo ofrecer cada día este divino sacrificio, ó asistir á él, y participar de este santo Sacramento, para que la memoria sea más viva y el agradecimiento más devoto, uniéndonos al que

tanto bien nos hace. Todas estas razones se confirman con la costumbre que hubo en la primitiva Iglesia, en tiempo de los Apóstoles, que sabian bien la voluntad de Cristo Nuestro Señor, y gustaban que se cumpliese, y por cumplirla perseveraban en la comunión de cada día, con tanto provecho que mostraba bien ser de Dios la costumbre que tales frutos producía, la cual mandó guardar Anacleto Papa con graves penas. A lo cual se añade que los Santos Padres y Doctores más insignes de la Iglesia, por cuyas bocas Nuestro Señor nos descubre su voluntad, aconsejan (como refiere Santo Tomás) esta frecuencia de comunión y exhortan á ella. Y es razon que los hijos reciban los consejos de sus padres, y las costumbres que ellos aprobaron. Finalmente, ninguna cosa puede hacer más acertada el cristiano, que es miembro vivo de Cristo y de la Iglesia, que conformar sus deseos y obras con los de su cabeza y con los de la Iglesia católica, por quien él los declara. Y pues ella por el Concilio de Trento dice, que desearía que los fieles en la Misa que oyen, comulgasen, no sólo espiritualmente, sino sacramen-

talmente, para sacar mayor provecho de ella, razón es tener este deseo, y ponerle por obra con gran fervor y diligencia.

La frecuencia que cada uno debe tener en los Sacramentos, la ha de determinar el confesor docto, discreto y espiritual. Pero en general digo, que ninguno lo dilate más de ocho días, aunque no sienta en su conciencia pecado grave de que confesarse antes. Pero si cayese uno en pecado grave, entonces no tiene que aguardar más para arrepentirse de él y confesarse luego. Porque si uno se hinca una espina en la mano, no aguarda á que se acabe la semana para sacársela. Y si le dan una herida, no dirá que de allí á un mes le traigan el cirujano. Cuánto menos se ha de sufrir tarde el remedio de un tan grande mal como el pecado mortal. Una vela recién apagada, con un soplo se enciende, y á sangre fresca se ha de poner el bálsamo, porque la herida añeja con más dificultad se cierra.

No se excuse nadie de la frecuencia que hemos dicho, con decir que no tiene disposición para ella, porque no será excusa delante de Dios, el cual no quiere

que el que no está dispuesto deje los Sacramentos, sino que se disponga, pues puede, y bien dispuesto los reciba; y no había de sufrir una persona tal estado, que no estuviese siempre dispuesta para tan gran bien.

